

MENSAJE PASTORAL DE MONSEÑOR ÁLVARO RAMAZZINI

Con motivo del Día Nacional del Migrante.

MIGRACIÓN Y FE

“Pasé como migrante y ustedes me acogieron” (Mt. 25,35.)

A los hermanos en el episcopado, sacerdotes, miembros de los Institutos de Vida Consagrada, catequistas, laicos y laicas comprometidos en hacer vida la Buena Noticia de Jesús a través de la opción preferencial por los pobres: un saludo fraternal en el amor de Nuestro Señor Jesucristo.

La celebración anual del Día del Migrante, en el primer domingo de septiembre, tiene como tema este año: LA MIGRACIÓN Y LA FE.

La Comisión Episcopal de la Pastoral de la Movilidad Humana desde hace años ha impulsado esta celebración para poner en la conciencia de los cristianos, hombres y mujeres, la responsabilidad de vivir con coherencia la condición de discípulos del Señor, al descubrirlo presente en los migrantes y acogerlo con amor (San Mateo Cáp. 25, vv- 32 y ss.)

Ninguna comunidad cristiana podrá considerarse tal, si no acoge con solicitud y cariño a los hermanos y hermanas migrantes. En la base de esta actitud se encuentra la contemplación del Señor, gracias a la fe que nos permite descubrirlo en ellos y ellas.

No se puede negar cuán difícil es, pastoralmente hablando, lograr que en las comunidades cristianas los migrantes vengán acogidos, amados, servidos. Para miles de cristianos, católicos y no católicos, los sufrimientos, las dificultades, las angustias, los sueños, las ilusiones y las esperanzas de los migrantes están ahí sin golpear su conciencia y sentimientos.

Por otra parte, vivimos un momento histórico por todo lo que sucede a nivel global.

Sin entrar a detalles, basta decir que la constatación que los Obispos hicimos en la Quinta Conferencia de Aparecida sobre los cambios profundos y sus efectos en la humanidad ponen a prueba el sentido y la práctica de nuestra fe. No fue ninguna casualidad ni mucho menos un capricho, que en Aparecida la Iglesia de América Latina y el Caribe haya reafirmado la opción preferencial por los pobres, entendida como una opción que debe atravesar todas nuestras estructuras pastorales.

Es el llamado que El Espíritu hace a la Iglesia para ser “la sal de la tierra y la levadura en la masa”.

Entre las víctimas de la pobreza, resultado de una estructura social injusta y excluyente, se encuentran aquellos hombres y mujeres que tienen que abandonar su propia patria, pues no encuentran en ella el trabajo honrado y digno que les haga ganar con sudor el pan de cada día. Ellos y ellas son los destinatarios privilegiados de la opción preferencial, no excluyente, antes mencionada. Son los que están tirados en el camino de la vida, heridos por la falta de oportunidades, asaltados por la violencia de un sistema que privilegia el tener sobre el ser y que ha hecho del lucro y la ganancia verdades absolutas.

Desde la praxis genuina de una fe que confesamos con los labios, contemplamos a los migrantes en su sufrimiento y deberíamos sentirnos urgidos a subirlos sobre la cabalgadura de nuestra solidaridad para sanarlos y devolverles el sentido de su vida.

La fe nos ayuda a ver en el fenómeno de la migración una oportunidad única para practicar la compasión y el amor del Buen Samaritano. Debemos superar una visión y prácticas meramente asistencialistas, también necesarias, para buscar conjuntamente como Iglesia, pueblo de Dios, Cuerpo del Señor, los modos y las estrategias para lograr políticas migratorias que respeten la dignidad y protejan la vida de las y los migrantes en nuestro país y en los países de destino.

En este momento, delante de la promesa hecha por el presidente de Estados Unidos Barack Obama de realizar una reforma migratoria, la Iglesia Católica del Continente Americano no puede ni debe quedarse en una actitud pasiva. Todo lo contrario, el compromiso de incidir en una reforma migratoria con rostro humano se convierte en el punto de referencia obligado, para medir la firmeza y solidez de nuestra fe cristiana.

La actual crisis económica mundial ha golpeado la gran mayoría de las naciones y no puede ser utilizada como pretexto para impedir una reforma migratoria justa, humana e integral.

Si queremos ser creyentes que vivimos lo que creemos, no podemos ser ajenos a la situación actual de los migrantes que cada día tienen que exponer sus vidas, debido a los peligros que encuentran en el viaje, violaciones a los derechos humanos, secuestros, asaltos por traficantes, tratantes de personas y poderosos cárteles de la droga.

Las violaciones a los Derechos Humanos de las y los migrantes se han incrementado, focalizándose en lugares específicos. Estas situaciones contradicen totalmente el plan de Dios. Son el resultado del pecado y deben ser plenamente destruidos con el poder de la gracia de Dios y la colaboración de los genuinos cristianos.

En otro contexto, es justo agradecer a Dios por el compromiso apostólico de tantos migrantes que al llegar a sus lugares de destino, especialmente en Estados Unidos y Canadá, se han convertido en evangelizadores que comparten su experiencia de fe en aquellas parroquias y comunidades eclesiales que se lo permiten. No solamente no han

abandonado su fe al vivir en un país extraño, sino la han fortalecido dándola con estas acciones de compromiso apostólico, convirtiéndose en misioneros que ayudan a presentar la Iglesia como la Esposa resplandeciente, sin mancha y sin arruga.

Asimismo, quiero aprovechar la ocasión para hacerme eco, en nombre de la Comisión Episcopal de Movilidad Humana y de todos sus miembros, de la declaración resolutive de los obispos que participamos en el encuentro sobre “Crisis económica mundial y migraciones” en la ciudad de Tecún Úman, Diócesis de San Marcos, durante la primera semana de junio. De esta declaración resalto los siguientes contenidos:

Ante la difícil realidad que vive la población migrante:

1. “Urgimos al presidente de Estados Unidos, México, a los de Centro América y al Primer Ministro de Canadá, a encontrar a través del diálogo consensos sobre la cooperación regional en los temas de migración y desarrollo, haciendo un planteamiento justo en la búsqueda de solución a las raíces que causan la migración forzada.
2. Hacemos un llamado para que se realice un encuentro a nivel regional de estos líderes con la participación de la Iglesia, sectores de la sociedad civil involucrados en el tema, para discutir y elaborar una política migratoria integral, como lo ha expresado el actual presidente de Estados Unidos.
3. Hacemos un llamado a que se examine las políticas de protección al refugio y asilo. Muchas personas escapan por razones políticas u otras formas de violencia, pero no reciben protección adecuada de los países.
4. Hacemos un llamado a las autoridades de la región a que pongan mayor atención a los grupos del crimen organizado que operan a lo largo de nuestras fronteras y dentro de los países, principalmente a los que se involucran en el tráfico de drogas. Los carteles no solamente amenazan a los migrantes, sino que su violencia domina ciudades y comunidades. Las redes que se dedican a la trata de personas constituyen un vergonzoso crimen que debe de ser eliminado y que golpea cruelmente a las mujeres, hombres y niños. También es preocupante la poca sensibilidad de la opinión pública sobre el fenómeno de la migración. Hay poca conciencia sobre la trata de personas. Aún más: queremos externar nuestra gran preocupación porque los migrantes son considerados como delincuentes y criminales.”

Aparte de estos llamados, es necesario indicar que el no tener políticas migratorias integrales, el impacto de la migración en la unidad familiar es grave, pues muchas familias sufren la desintegración por las redadas, deportaciones masivas y migración forzada. En la gran mayoría de los casos, son niños quienes reciben el impacto de esta desintegración

cuando los dejan solos y se ven forzados a trabajar para sostener a la familia que ha perdido al padre o a la madre.

Preocupa y entristece cuando se constata que dentro de nuestras comunidades parroquiales no se acoge y no se atiende a los y las migrantes como hermanos en la misma fe y miembros de la misma familia. Una vez más recordamos a todos los que profesamos la fe en Jesucristo que: “en la Iglesia nadie es extranjero, en la Iglesia no debe de existir fronteras.”

Con ocasión de la celebración del Día del Migrante, invito encarecidamente a todas las comunidades cristianas, en las diócesis y vicariatos del país, a celebrar el triduo del migrante uniéndonos de modo especial a los familiares de los migrantes que sienten el sufrimiento de la lejanía de sus seres queridos.

Desde hace muchos años, celebramos el día del migrante, pero se ha constatado que en muchas comunidades parroquiales y diocesanas, a esta celebración no se le da la importancia que merece. Dios permita que en este año 2009 la situación cambie drásticamente.

Finalmente, deseo que todos los guatemaltecos y guatemaltecas vivan la caridad evangélica del buen samaritano, y que el día del migrante sea un espacio prioritario en todas las diócesis, comunidades y parroquias del país. Asimismo se realicen gestos de solidaridad para ayudar a los migrantes. Las donaciones pueden ser enviadas a la Pastoral de Movilidad Humana de la Conferencia Episcopal de Guatemala para ayudar en las necesidades de los migrantes que reciben apoyo en los lugares de atención.

Agradezco en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, a quienes con esfuerzo y dedicación sirven a los migrantes en los lugares de acogida, en las comunidades parroquiales y en las familias (aún arriesgándose). Ellos demuestran su coherencia cristiana y fortalecen la Pastoral de los Migrantes como una pastoral específica de la Iglesia. De igual forma, se agradece a los migrantes misioneros en diversos países que testimonian firmemente su fe.

Que María Santísima, quien peregrinó con José y el Niño Jesús hacia Egipto, acompañe a todos los y las migrantes en estos momentos difíciles.

Mons. Álvaro Ramazzini
Obispo de San Marcos
Presidente de la Pastoral de Movilidad Humana,
Conferencia Episcopal de Guatemala

Guatemala de la Asunción, Septiembre de 2009.